



(4) en portada



Por tierras de Camereros

TEXTO: Sergio Andrés Cabello
FOTOGRAFÍAS: Belezos



(5)



Hace algunas décadas, los pueblos de Cameros vieron cómo la mayor parte de su población emigró a los municipios del valle del Ebro, especialmente Logroño, a otras ciudades de fuera de La Rioja y a América. El éxodo rural se cebó principalmente en nuestra región con las sierras. Desde la Demanda hasta el sureste, con las tierras altas de Rioja Baja, las localidades se fueron deshabitando. Hoy, en 2008, menos del 5% de la población riojana reside en esos municipios, un territorio con una superficie superior al 40% de La Rioja. En el conjunto de Cameros, sus habitantes no llegan a 4.000 y la gran mayoría de los pueblos no alcanza las 100 personas. Pero no siempre fue así, basta darse un paseo por ellos para ver sus casonas y sus monumentos y hacernos una idea de que, hasta hace prácticamente dos siglos, las sierras riojanas y Cameros eran el motor y la zona más rica de La Rioja.

La sierra de Cameros cuenta con dos de los siete valles de La Rioja: el del Iregua constituye el Camero Nuevo y el del Leza el Viejo. Si el primero se nos anuncia desde las Peñas de Islallana y Viguera, el segundo nos recibe con el cañón del Leza. Ambos van marcando el inicio de un paisaje diferente al del norte de la región, atisbando a lo lejos las altas cumbres por encima de 2.000 metros, que hacen compañía a Urbión y a la Demanda. El contraste entre el Camero Nuevo y el Viejo, la boscosidad y vegetación del primero frente al paisaje estepario de gran parte del segundo, complementan un imponente escenario en





(6) en portada

el que se suceden varias decenas de pueblos.

Pero hay que volver al pasado, recordar brevemente la Historia de Cameros, y en ella tiene su punto central la posición que alcanzó su ganadería e industria textil desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XIX. Desde el Reino de Viguera del siglo IX hasta el extenso Señorío de los Cameros de las siguientes centurias, Cameros fue un territorio influyente. Las tierras altas no aptas para la agricultura habían favorecido la presencia de una importante actividad ganadera, especialmente el ovino o lanar. Pero en el siglo XIII se produjo un impulso definitivo para Cameros y las sierras riojanas. Fue concretamente en 1273 cuando el rey castellano Alfonso X el Sabio constituyó la Real Sociedad de Ganaderos de la Mesta. Su objetivo



era controlar y favorecer el ganado trashumante en Castilla. Así, gracias a los privilegios derivados de esta institución, aumentó el ganado camerano y serrano y se extendió su traslado en los meses de invierno a los pastos del sur a través de las cañadas reales, una situación que ya se daba antes de la creación de la Mesta.

De esta forma, Cameros se desarrolló en aquellos siglos más rápido que el valle del Ebro, comerciando y vendiendo lana hasta el norte de Europa, siendo frecuente que nos encontremos en las iglesias de la zona con retablos de origen flamenco, como consecuencia de aquellos intercambios. Será también en esos momentos cuando comenzaron a aparecer industrias textiles, gracias a la cercanía de la materia prima fundamental, la lana. Du-





Molino del Corregidor.



rante esos siglos, los municipios de Cameros experimentaron su crecimiento, como podemos observar en localidades como Torrecilla, Soto, Ortigosa, Villoslada o Lumbreras, por poner sólo algunos de los ejemplos más significativos. Las iglesias y las casas solariegas de los pueblos de Cameros, con sus escudos nobiliarios, son una muestra de la potencia de la zona.

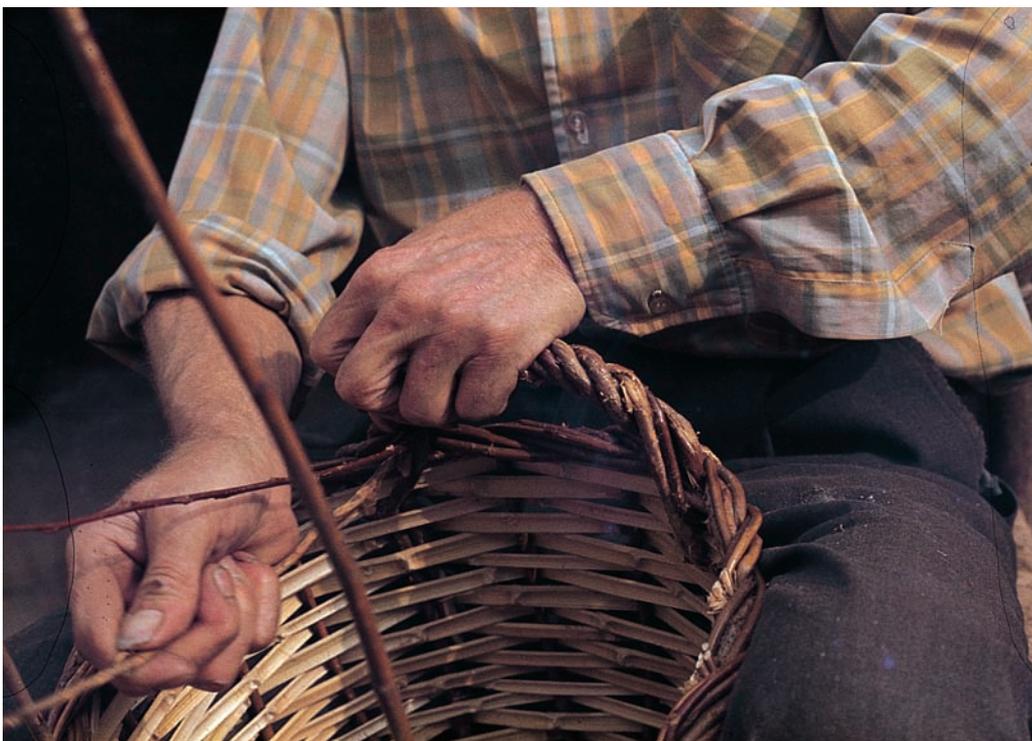
Así el principio del fin de la hegemonía de la industria textil camerana comenzó a mediados del siglo XVIII. Tras la Guerra de Sucesión, por la que accedieron al trono de España los Borbones frente a los Habsburgo, se iniciaron tímidas reformas del Estado, con el objetivo de centralizar la administración. Para ello, había que acabar con los fueros, privilegios y la disparidad de leyes que se habían mantenido en las diferentes regiones y territorios de España. Uno de ellos era la Mesta, siendo durante el reinado de Carlos III cuan-



do se derogaron la mayor parte de sus prerrogativas. A pesar de este hecho, gran parte de las poblaciones cameranas mantuvieron sus industrias textiles y de paño. Pero en las primeras décadas del siglo XIX nos encontramos con un sector basado en la elaboración tradicional y artesanal, poco mecanizado. La tendencia de Cameros era negativa, al igual que la del conjunto de la sierra riojana. Un dato, el informe de Pascual Madoz en 1842 constataba que habían desaparecido el 50% de los telares existentes en las sierras con respecto al catastro elaborado en 1752 por el Marqués de la Ensenada y se pasó de 504 industrias dedicadas a la elaboración de la seda, el lino y el cáñamo a casi 300. A pesar de mantenerse el sector textil riojano hasta las décadas centrales del siglo XIX entre las provincias más importantes de España, iba perdiendo terreno con respecto a la competencia. Destacaba la pujanza de los centros fabriles catalanes, ubicados principalmente en las localidades barcelonesas de Sabadell y Tarrasa. Frente a las industrias textiles riojanas éstas estaban mucho más mecanizadas y modernizadas. Pero no era

la única causa. Como han señalado diversos historiadores e investigadores, los centros productores riojanos estaban dispersos y alejados de las redes de distribución, en este caso el ferrocarril que discurría paralelo al río Ebro. Y, evidentemente, el estado de las comunicaciones y de las redes viarias con las zonas serranas en el siglo XIX era muy deficitario. En consecuencia, si en la mitad del siglo XIX La Rioja era la segunda provincia textil-lanera de España, sólo superada por Barcelona, en 1880 cayó al sexto lugar.

En estas condiciones se fueron abandonando numerosos telares y talleres artesanos, recordemos que la mayor parte del sector era de carácter familiar, y la mecanización de las pocas industrias supervivientes no fue suficiente para evitar su hundimiento. Así, durante la segunda mitad del siglo XIX la cabaña ovina de La Rioja, la que había sustentado a lo largo de muchos siglos un modo de vida, pasó de 452.129 unidades a 290.452 en 1901. Es decir, se perdió el 35,76% de las cabezas de ganado. Las consecuencias comenzaron a sen-



tirse desde las décadas centrales del XIX. Numerosos cameranos y serranos fueron abandonando sus localidades de origen, dirigiéndose a al valle del Ebro, especialmente Logroño, a los centros industriales vascos y catalanes, y a América, estableciéndose importantes contingentes de población y sus descendientes en Argentina y Chile, principalmente. Durante el siglo XX el proceso fue imparable, Cameros y el conjunto de la sierra continuaron perdiendo población, destacando la década de 1950 y 1960, uno de los períodos de mayor impacto del éxodo rural.

Puede parecer que nos invade la nostalgia al recordar brevemente esta parte de la Historia de Cameros y el resto de las sierras, tan relevante para La Rioja. Pero, sin duda, no debemos

olvidar nuestros orígenes. No pocos riojanos nacidos en el valle descendemos de Cameros y la sierra, tenemos padres y abuelos que dejaron esa zona. Además, se han dado procesos en los últimos años que nos llevan a la reflexión con respecto a las sierras en general y a Cameros en particular.





Podemos hablar de que se ha dado un redescubrimiento o puesta en valor de Cameros en varios aspectos. Por una parte, una serie de elementos han ganado protagonismo en la última década. Todo lo relacionado con el medio ambiente y la naturaleza, así como una nueva concepción de lo rural, no olvidemos que realizada desde lo urbano, ha tenido como una de sus consecuencias más relevantes todo lo vinculado al turismo rural. Por otra parte, en clave de identidad, el peso de Cameros, como del resto de las sierras riojanas, también ha variado.

Es en esta cuestión en la que nos vamos a detener. Pero, antes, quisiéramos señalar la visión de los propios cameranos de su situación. En el curso de diversas investigaciones acerca de la identidad riojana, entrevistamos a naturales de la zona. Ante este escenario descrito, el desarrollo del turismo rural y de naturaleza y el peso de Cameros en la identidad riojana,

la mayoría de los entrevistados lo valoraban positivamente, pero se presentaba un discurso reivindicativo, demandándose soluciones para un escenario negativo: el descenso y envejecimiento de la población, la falta de alternativas para que sus habitantes se mantengan en los pueblos, cada día más reducidos.

Pero volvamos a la cuestión de la identidad. La Rioja es un territorio claramente definido por el valle del Ebro en el norte y las sierras del sur. Los cursos de los siete ríos marcaron las relaciones entre las cabeceras y las desembocaduras. Como hemos visto anteriormente, los acontecimientos del XIX en La Rioja, el hundimiento de la industria textil – lanera de las sierras junto con el despegue de los sectores del valle, el vitivinícola y el conservero, determinaron el devenir de la región. El norte de la misma se consolidó definitivamente como referente económico y de concentración de la población, provocado precisamente, en-



tre otros factores, por el éxodo rural desde las sierras.

Con respecto a la identidad riojana, dos de los elementos más arraigados e interiorizados proceden del valle del Ebro. Por un lado el vino y por otro el mito del “cruce de caminos” y la tierra de frontera. En este caso, se ha identificado este concepto con la frontera norte, la línea divisoria del río Ebro, los reinos cristianos en la Edad Media, la entrada por esta vía de numerosos pueblos, como por ejemplo los romanos, etc. Por el contrario, Cameros





y la sierra, han aparecido como lugares más cerrados en sí mismos, condicionados por la fisonomía y la morfología del territorio. Esta circunstancia nos lleva a una paradoja para la identidad riojana. Si uno de los elementos más importantes de la misma, que alcanza la categoría de mito constitutivo, es el “cruce de caminos”, parece contradictorio el peso que han ganado Cameros y la sierra en la identidad riojana. Y es que son precisamente en estas zonas donde se han buscado las “esencias” de la identidad. Este proceso ha ocurrido en otros territorios, como por ejemplo el baserritarra en el País Vasco o el payés en Cataluña. Por otra parte, también hay que apuntar que, con respecto al “cruce de caminos”, se ha olvidado en no pocas ocasiones la trashumancia y todos los intercambios que se dieron durante siglos gracias a la actividad ganadera.

¿Y cuál es el peso de Cameros en la identidad riojana? Partiendo de la base de que nos encontramos en una tierra diversa, como la mayoría, hay varias cuestiones que forman

parte destacada en el imaginario colectivo y el universo simbólico de lo riojano. Por una parte, ya hemos señalado, en líneas generales, cómo se ha buscado, y se está llevando a cabo, en Cameros y la sierra elementos más autóctonos que los del valle, condicionados por el “cruce de caminos”. Por otra parte, a pesar del enorme peso del vino, con todo lo que conlleva incluido el paisaje, existe una amplia identificación en clave interna con Cameros y la sierra. Así, Cebollera en general, Hoyos de Iregua, el Cañón del Leza, la zona del pantano González Lacasa de El Rasillo, puertos como La Rasa o Peña Hincada, etc., son algunos de los ejemplos del valor paisajístico y medio ambiental de la zona, y lo que representan.

Pero, en nuestra opinión, uno de los elementos más significativos de Cameros viene marcado por los descendientes del éxodo rural. En La Rioja, la identidad local, y en caso de Cameros podemos decir que comarcal o zonal, se ha mantenido arraigada en la segunda y tercera generación de los inmigrantes de las zonas



Trevijano.



rurales. Con respecto a Cameros, han sido los descendientes, hijos y nietos de los que dejaron sus pueblos para desplazarse al valle del Ebro así como a otras regiones, quienes han seguido manteniendo la vinculación con sus orígenes, con los pueblos de sus padres y abuelos.

En definitiva, asistimos a un doble proceso. Por una parte, Cameros ha ganado más protagonismo dentro del conjunto de la identidad riojana, se han puesto en valor elementos que en el pasado habían sido obviados. Pero, por otra parte, la situación demográfica de Cameros y las sierras riojanas no nos permite ser muy optimistas. En la actualidad, el 40% del territorio de La Rioja, el sur de la región, concentra a menos del 5% de la población.

Pero aún estamos a tiempo de no perder nuestro patrimonio. Cameros representa un depósito cultural y etnográfico de valor incalculable. Se ha conseguido mantener su paisaje y medio ambiente.

También se ha avanzado en la conservación de sus monumentos, aunque menos de lo que a todos nos gustaría. Nos queda perseverar en las costumbres, en la tradición oral, en ese patrimonio intangible, el que pasaba de generación en generación y cuyos ecos se sienten en sus descendientes, orgullosos de sus orígenes que ascienden desde el valle del Ebro por el Iregua y el Leza, hasta las cumbres que dominan toda La Rioja.

